

AMORES SECRETOS*

Fantasmas y síntomas

En el actual siglo XXI, época en la que el amor se concibe líquido se convive con la evanescencia de los lazos, con un zapping de elecciones de partenaire en red y con medios técnicos que prometen encuentros exitosos de amor. Se vive en el corazón de un nuevo orden del capitalismo, donde la fascinación que produce el mercado de conseguir objetos conduce a la idea utópica de creer que la pulsión tiene objeto y que se puede llegar a lograr una armonía en la relación del sujeto con la pulsión, lo que se entiende como un empuje a un no querer saber sobre la falla de la naturaleza humana. En otros términos, el capitalismo no se ocupa del amor, tan solo se empeña en la explotación del gusto que tiene el ser humano por el amor. El mercado explota este gusto, aunque no se ocupa de sostener el amor, porque si hay “algo” que el capitalista no puede comprar es justamente el amor.

Ante este nuevo orden, el psicoanálisis abre otra vía que permite despejar el aura de misterio que envuelve al amor. Lacan plantea una fórmula: “el amor es dar lo que no se tiene a alguien que no lo es”¹. Así, el amor es un don que permite dar lo que no se tiene, lo que no se sabe; ello supone creer mínimamente en el discurso del Otro, en el propio inconsciente: el inconsciente que es el Otro más radical para cada uno, aquello que es un saber que no se sabe a sí mismo. Se implica en esta afirmación que no se ama al otro por ninguna cualidad que se pueda objetivar, sino que se ama en tanto se le supone al otro algo que es consustancial a nuestro deseo. Es habitual que el amor, esa pequeña fantasía necesaria, permita encontrar un refugio frente al desamparo al que todos estamos expuestos. Y allí se esconde lo más misterioso y singular del ser humano, entendiendo que cuanto más se aproximan los amantes, más vano resulta todo ya que nunca alcanzarán a ser un mismo ser.

Desde el psicoanálisis, el amor tiene una envoltura formal, que en las distintas épocas ha ido variando. Sin embargo, hay algo transversal que atraviesa el amor y que no ha cambiado, es ese imposible en las relaciones entre hombres y mujeres que tiene que ver con su manera de gozar y con su sexualidad. Al respecto, el ser hablante es capaz de una serie de

¹ Lacan, J., *Seminario X- La angustia*, Edit. Paidós, Argentina, 2006. P. 122

*Responsables: María Elena Lora-Liliana Bosia

Integrantes de la Dupla: Flores Eugenia, García Lilibeth, Guzmán Marcelo, Ibañez Ana, Jara Jessica, León Arianne, Nuñez Isaac, Ochoa Ramón, Ortiz Sergio, Restrepo Cecilia, Valencia Zindy

extravagancias vinculadas al amor incomparables, maravillosas e indispensables para la vida. Frente a la imposibilidad de la armonía y la complementariedad de los goces, este ser hablante cuenta con una suplencia que es el amor. Suplencia que se corresponde con la cultura, con la palabra, con el lenguaje. De este modo, a través de la historia el amor se ha ido vistiendo con distintos ropajes imaginarios y simbólicos, siendo en cada caso una suplencia de la imposibilidad, a la vez que de un olvido de esa imposibilidad.

La irrupción de la sexualidad y el goce en el cuerpo conllevan siempre una arista traumática. Se trata de una experiencia sentida por la cual el inconsciente no cesa de construir respuestas repetitivas: el fantasma y el síntoma. Entonces, cuando surge la chispa del encuentro amoroso se siente, por un lado, una certeza y, por otro, un desconocimiento de las razones que llevan a elegir a “esa” persona. Lo desconocido permite afirmar que hay algo clandestino, oculto, secreto y ese es un atisbo que define el amor; un no sabido en el momento cuando eso ocurre. Se trata de una elección absolutamente inconsciente, en la que uno no es dueño de esa elección.

Cabe aclarar que la etimología revela “secretos” que habitan en las palabras, la palabra clandestino proviene del latín *clandestinus*; de *clam*: secreto y de *celare*: esconder, ocultar. Basta amar un poco las palabras, para que estas condesciendan a salir un ratito de su clandestinidad y arrojen al sujeto a un vértigo de palabras, lo que producirá un dislocamiento de su decir cotidiano; de tal manera que al hablar se contornearán lo secreto y el silencio como algo consustancial al amor y a la vida. Por todo lo expuesto, hablar en torno a amores secretos no se refiere a las historias secretas de los amantes, sino al “propio secreto” que entraña para cada uno el amor.

La obsesión actual por escudriñar los rincones, abolir los pliegues, anular los recodos forman parte de la vida cotidiana y esto se observa en la demanda de transparencia y en el despojamiento de todo velo. Esto también se advierte, en las relaciones detonadas por la galaxia digital que se ven envueltas en la anulación de la singularidad, en otras palabras, todos pueden “estar enamorados sin caer enamorados”. Esta vorágine de claridad, de iluminación impide resguardar una cierta opacidad, no da lugar a una discreta residencia de lo íntimo, de lo singular, del amor que sólo “es” en lo secreto. No existe amor sin secreto. El secreto, al igual que el mal según Baudrillard, permea la cotidianidad de la vida. Al navegar las turbulentas aguas del lenguaje en busca de alcanzar el oscuro objeto del deseo, lo secreto se erige sólido y a la vez inasible. Porque lo secreto halla su morada más allá de las palabras.

Tratar de hablar de lo secreto del amor comporta delicadeza, proceder como hacen el amor los puercoespines: con sumo cuidado. El puercoespín está erizado de púas que pueden desgarrar y ¿qué queda después? solamente las púas, porque el secreto fue disparado desde lejos y el erizo ya está en otra parte. Ello para el ser hablante, es quedar convertido en erizo con las puras púas de lo secreto clavadas como dardos.

Del mismo modo, los secretos constituyen la desafiante y aterradora propuesta que encara el sujeto en la experiencia del análisis, cuya relación analítica no se da exenta de un lazo de amor que anuda; de esta manera en el dispositivo analítico, se procura bordear, aproximarse al corazón inalcanzable de lo indecible, de lo imposible. La idea de horadar, traspasar el secreto, supone cruzar aquello que se mantiene oculto para uno mismo, ir a “lo secreto del secreto”. Esta idea apunta a que no se trata de conocerlo ni que está allí para nadie, pero su presencia es ardiente y el ser hablante vive confrontado con este misterio de la vida, atento a aquello que hierve en su caldero.

No se está hablando de un secreto que clama por decirse, sino de un secreto ignorado, indecible, en el que la certidumbre del amor se impone bajo distintas formas como un flechazo, una mirada cuya intensidad sobrepasa al sujeto produciendo una conmoción extraña por el tipo de lazo que se tiende con alguien o como cuando la ausencia del otro se torna dolorosa, cual un rayo que parte los huesos y lo deja ante un exceso insoportable. Se está ante ese rayo que nos atraviesa, eso que uno no elige, eso que uno no sabe muy bien qué es, pero que ocurre. Evidentemente, todo flechazo repercute en un momento retroactivo, que posibilita ubicar ese primer instante cuando se dio el arrebató, vale decir, cuando se guardaba afinidad con alguien, lo que podría haber derivado en que no se fuese a ningún lado o, por el contrario, podría haber conducido a algo muy intenso.

Esta sorpresa pone en marcha un enjambre de cosquilleos, temblores, fantasmas, afectos y síntomas, de todo cuanto en cada quien marca la huella de su exilio, de su propio exilio de la relación sexual; se trata de algo imposible de localizar que se hunde palpitando en el vacío que se quiere bordear y que pone en jaque fundamentalmente una experiencia de la condición humana en el mundo. La literatura y el cine escenifican este punto de partida: Romeo y Julieta, ciertamente ejemplifican que hay algo no sabido en el momento cuando el encuentro ocurre, una elección absolutamente inconsciente. En otros términos, la chispa del amor sí existe

porque viene de otro lugar, está conectada a la imposibilidad de la armonía entre los sexos.

La frase enigmática de Lacan “no hay relación sexual”² teñida de provocación, en tanto la armonía entre los sexos es una utopía, un imposible, implica que cada uno tendrá que crear una solución propia e inventar su acceso a la sexualidad. Se torna fundamental, señalar que Lacan no dice que el amor es el disfraz de la relación sexual, sino que no hay relación sexual posible y que el amor está en el lugar de la no relación. Afirma también “Lo que suple la no relación sexual es precisamente el amor”³, implicando con ello que “algo” queda en ese vacío, que el amor es algo que se anuda con la palabra en su intento de nombrar lo innombrable, que los amantes están ligados por algo más que esa relación inexistente. Este planteo lleva a sostener que en el amor, el sujeto se dirige al ser mismo del otro, intenta abordar el ser del otro. Dicho de otra manera, en el amor, el sujeto va más allá de sí mismo y aunque no haya entendimiento perfecto, se inventa modos para estar junto a otro. Las relaciones de pareja evidencian que no hay allí más que el instante fugaz de un espejismo, que el amor se inicia siempre con un encuentro, un encuentro que tiene estatuto de acontecimiento, de algo que no ingresa en la norma inmediata de las cosas, sino que se trata de un encuentro entre dos diferencias. Es algo contingente, sorprendente, tal cual enuncia Marguerite Duras esa “falla en la lógica del universo”⁴, falla que alude a lo indecible.

La enseñanza de Lacan profundiza el anudamiento entre deseo, goce y amor. Sitúa al amor y los secretos como configurando una huella oculta, pero huella al fin y, como tal, transitable. Así mismo, en el *Seminario 20* nos habla de “La carta de almor”, donde plantea la función de la palabra de amor y una noción de alma: “solo podría llamarse alma lo que permite a un ser que habla soportar lo intolerable de su mundo, lo cual supone al alma ajena a éste, es decir, fantasmática”⁵, entonces se ama con el alma, con el fantasma. Es por esto que las condiciones de elección de amor son inigualables debido a que las marcas en cada sujeto son irrepitibles. Así, el encuentro contingente tiene que ver con nuestras marcas, con una escritura que no es dependiente del Otro, sino que tiene que ver con que no-todo de los afectos del cuerpo pueden pasar por la palabra; no hay escritura que

² Lacan, J., *Seminario XIX- ...O peor*, Edit. Paidós, Argentina, 2012. P. 13

³ Lacan, J., *Seminario XX-Aun*, Edit. Paidós, Argentina, 1989. P. 59

⁴ Duras, M., *El mal de la muerte*, Edit. Tusquets, Barcelona, 2010. P. 63

⁵ Lacan, J., *Seminario XX-Aun*, Edit. Paidós, Argentina, 1989. P. 102

permita una complementación. La propia relación con el lenguaje produce efectos de goce en el cuerpo que lo marcan y de los que no se puede dar cuenta, esta imposibilidad, este no hay alude al sin sentido, a lo secreto y caprichoso del goce.

Lacan habla de un nuevo amor, un amor más digno, algo a conseguir en un análisis. Es a partir de la experiencia de un análisis que se espera abrir el tema de los secretos sin violentar lo secreto. No se trata de encarar lo secreto de una forma banal y cotidiana, pues aquello inoportuno y vergonzante de los que uno mismo desconoce sus condiciones de existencia se afirma como el núcleo donde se esconde lo más misterioso y más singular de un ser humano, la lógica singular del funcionamiento de su goce.

En el dispositivo analítico estamos habituados a narrar y a escuchar historias de amor; es allí donde se recorta y se escarba en el no-sabe-nada, a sabiendas de que ahí, dentro del no saber, late “eso” que empuja y hace que el analizante se ponga a construir, a escribir en el reino del lenguaje, piedra sobre piedra, palabra tras palabra, con ligereza o exactitud una ficción en busca de los secretos que lo irán acercando al calor del invalorable e inalcanzable secreto. Allí, nuestra clínica sitúa el deseo del analista y protege el espacio de la interpretación, en tanto cada sujeto interpreta de modo singular sus tácitos secretos; y será en este quehacer desafortunado de iluminar los secretos, donde también se generarán sombras. El análisis entraña ahondar en lo más propio y ajeno, implica escudriñar en un conjunto complejo que no es otro que el fantasma; es ir situando la importancia del azar y despejar la escritura singular de gozar; cuando alcanzamos a develar, a sacar a la luz alguno de esos secretos, con suerte aparece otro y otro en el intento de preservar “lo indecible de lo secreto”. Con este trabajo solo rozaremos un aspecto, aun más recóndito de lo secreto del goce. En estas arenas se transita en el análisis, con incursiones, rutas secundarias, callejones y desvíos donde cada uno de estos recorridos van dejando su marca, que nos conducirán a atisbar algo de lo secreto.

Así, desde el punto de vista del psicoanálisis el secreto está asociado con los llamados objetos causa de deseo, es un secreto para quien se lo guarda y donde lo secreto del goce del cuerpo hablante ocupa un lugar, donde el amor no hace más que reiterar la falla originaria de la estructura. No se trata de lograr el conocimiento total y la elucidación de los secretos, sino de poner en práctica la ironía socrática de establecer dudas, interrogantes y con ello la pregunta; se trata más bien de escuchar cómo el inconsciente balbucea los embrollos del amor y de la vida amorosa, describiendo un poco el velo que siempre caerá en otro lado y hará evidente, sin

evidenciarla, otra zona desconocida, insinuando bordear “lo secreto”, lo enigmático, el sin sentido de un otro goce en el cuerpo.